

INICIO Y TERCERA SECCIÓN (dedicada a los padres,
madres y tutores)
de
MEMORIAS DE UN PROFESOR MALHABLADO
(en defensa de la escuela pública)
para estudiantes, padres, profesores, contertulios y políticos

ENSAYO DE MATÍAS ESCALERA CORDERO

... ..

La intención de este libro no es exponer ninguna trayectoria personal; su intención es dar testimonio vivido de una actividad, la de profesor, denostada y despreciada por muchos en la sociedad española actual; al tiempo que defender a ultranza nuestra Escuela Pública –aunque sea de un modo *políticamente* poco correcto–, frente a los prejuicios y a los ataques furibundos que recibe de la caverna social y mediática; pero también frente a nuestros propios prejuicios e indiferencia.

... ..

“... No veo a quién pueda importar hoy una huelga de profesores chusqueros que tienen a Gabilondo de ministro, y de escritores canónicos, a Lindo y a Millás. Cualquier compañía del Ejército está capacitada para sustituirlos, con ventaja, en diez minutos...”
Ignacio Ruiz-Quintano (ABC).

“... Ni profesores, ni padres, ni alumnos se han preocupado por la degradación de la enseñanza pública en estos últimos 25 años, y encima que vengan los perroflautas a darnos clase de cómo dar clase es lo que faltaba...”
Federico Jiménez Losantos (esRadio)

“... La mayoría de los interinos son semianalfabetos que no han aprobado nunca una oposición y que están puestos ahí a dedo por los sindicatos...”
César Vidal (esRadio)

“... Es inadmisibile la movilización. Ni aunque existiera un recorte de verdad. Pero es que, encima, no existe, están mintiendo...”
Cristina Alberdi (Intereconomía)

“... ¿No creéis que si hacéis una huelga por no trabajar 2 horas más vais a ser tan impopulares como los energúmenos del Metro...?”
Pedro J. Ramírez (director de El Mundo, a través de Twitter)

“¿Qué abnegación, tan fundamental en un profesor, demuestran estos señores encerrándose como vándalos en lugar de ponerse a trabajar por el bien de los futuros ciudadanos de España?”
Salvador Sostres (en El Mundo, sobre los profesores encerrados en la sede de la Consejería de Educación en Vitruvio).

“... payasos, gilipollas, idiotas, tontos...” [dirigiéndose a los profesores]
Eduardo García Serrano (Intereconomía)

– “... Hace unos meses –dijo, de pronto, mi compañero–, aquí mismo, en esta curva, al dar las luces largas, vislumbré el rostro de una de mis alumnas...” Luego guardó silencio y, al cabo de un rato, añadió: “¿Cómo *negociar* eso?”

Cuando hizo la pregunta, estábamos contemplando, desde la ventanilla del autobús, mientras subían y bajaban algunos pasajeros, a dos jóvenes prostitutas, tan esbeltas, tan pálidas y tan rubias que, allí, delante de nosotros, paseando la misma curva, oscura y sucia, en la que mi compañero había entrevisto el rostro de su alumna, parecían como dos seres fuera de contexto, ajenos por completo a ese espacio y a ese tiempo tan deprimentes.

– “... ¿Cómo enfrentarse al día siguiente con ese mismo rostro en clase...?” Repitió. Y nos quedamos pensativos.

En efecto, cómo *negociar* el hecho de que una de tus alumnas es una prostituta de carretera... O cómo *negociar* el hecho de que uno de tus alumnos se dedica al *trapicheo*, o de que a otro le despiertan a *hostias* cada día de su vida, después de dejarle ver, con doce o trece años, la televisión hasta las tres o las cuatro de la madrugada cada uno de esos mismos días de su vida... Cómo *negociar* todo eso... “Eso es una buena parte de nuestro trabajo...” Dije, por fin; o lo pensé, no recuerdo bien.

Esa noche, veníamos –junto con otros compañeros– de una asamblea en la que cientos de profesores y de maestros habíamos plantado cara, de un lado, a nuestras organizaciones sindicales –por su largo desapego e inactividad–, y, de otro, sobre todo, a un Gobierno, el de la señora Aguirre, que no sólo nos había insultado, llamándonos vagos y mentirosos, sino que había dado –luego de un largo asedio de años– el tiro de gracia a la Escuela Pública madrileña.

Y era verdad, ese era en parte nuestro trabajo, pero ahí seguía rondando la pregunta... Cómo *negociar* algo así; cómo *negociar* el hecho de que otras dos alumnas tuyas –recordé, en aquel instante– sean acosadas en su propia casa, o el ver al *campeón*, un niño del programa de integración, abandonado a la puerta del instituto esperando a un padre que nunca llegará, pues se ha perdido en alguna barra americana y se ha olvidado de que su hijo lleva dos horas esperándole allí, de pie, manteniendo una ciega esperanza desesperanzada en que quizás esa vez su padre no se habrá emborrachado y vendrá a buscarle y volverán juntos a casa... Cómo decirle al *campeón*, ese niño del programa de integración al que mimas especialmente por su diminuto tamaño y por su fragilidad, y al que *cuelas*, siempre que lo ves saltar inútilmente en la cola de la cafetería durante los recreos, pues, si no, jamás accedería entre la marabunta chillona de sus compañeros al mostrador de las chucherías; cómo decirle que su padre no vendrá y que te acompañe a Jefatura de Estudios, para ver qué hacemos, si lo llevo yo a casa o si viene su madre a por él; y que eso no significa que su padre no lo quiera, ni que se haya olvidado de él... Cómo

negociar todo ello... Cómo explicarles a los demás, a la señora Aguirre, a nuestros vecinos, a nuestros periodistas, a nuestros políticos –a nuestras familias y a nuestros propios compañeros, incluso, también– que nuestro trabajo no es sólo enseñar matemáticas, inglés o latín; que no es sólo preparar exámenes y corregir exámenes; o acompañarlos al teatro o a los museos; o adiestrarles física e intelectualmente en el uso de las herramientas del mundo en que se mueven o que se van a encontrar, cuando abandonen las aulas; que nuestro trabajo va, a menudo, más allá, obligándonos a *negociar* con el dolor, con el miedo, con el sufrimiento y con el estupor de unos niños y unos jóvenes adolescentes inquietos, nerviosos, expectantes, desorientados y amedrentados por un mundo, el de los adultos, que sienten tan inhóspito, tan incomprensible y tan lleno de cortantes aristas.

Hacía tiempo que daba vueltas a la idea de escribir algo acerca de mi experiencia como profesor, algo parecido a unas *memorias*. La intención, desde el principio, no era tanto la exposición *heroica* de una trayectoria personal –irrelevante, como casi todas las trayectorias personales–, ni pasar factura a ninguno de mis coetáneos, ni vindicar unos méritos pretendidamente despreciados o injustamente minusvalorados, como sucede con casi todas las *memorias* que pueblan nuestras librerías. No, mi intención era la de ofrecer algunos apuntes, explicar y *explicarme* –en ocasiones, de un modo *políticamente* poco correcto, lo reconozco–, y dar testimonio de un oficio y de una actividad, la de profesor, tan mal entendida, tan denostada y tan despreciada en la sociedad española actual.

No hay nada como escuchar lo que algunos padres, contertulios radiofónicos y políticos dicen acerca de nosotros, para darse cuenta de la oportunidad de este intento –seguramente inútil– de explicar y *explicarme*... Luego están iniciativas tan confusas y tan estúpidas como el “teléfono del profesor”, o esas políticas tan groseras y tan agresivas contra la Escuela Pública, y contra sus profesionales, provenientes de los gobiernos y las políticas neoliberales, o la palabrería demagógica e *insultona* de sus voceros, en redacciones y platós de todos los colores; o la parálisis práctica de nuestros sindicatos, y determinadas actitudes –detestables– de una minoría de entre nosotros, los docentes, aireadas y magnificadas por el sensacionalismo reinante en la mayoría de los medios; y, por encima de todo, la general indiferencia de la mayoría... Es decir, todo lo que impide definir socialmente una imagen siquiera aproximada de la auténtica naturaleza de nuestro papel y función; pero que se convierte, por ello mismo, en aliciente e impulso que justifican sobradamente este llámenle *panfleto*, descargo o viejo *libelo*, si quieren.

...

Pero ¿cuál es la causa de ese *des/conocimiento* y de ese *des/precio* por nuestra actividad en este país...? ¿Por qué cualquiera se siente con los fundamentos necesarios para enjuiciar no sólo nuestra labor, sino nuestra práctica profesional, sin tener la información, la formación o la experiencia necesaria para hacerlo...? ¿Por qué a nadie se le ocurriría,

sin esos mínimos fundamentos requeridos, enjuiciar las prácticas profesionales, digamos, de la ingeniería, de la medicina, de la psicología o de la albañilería, o de la mecánica, y, sin embargo, cualquiera se siente *preparado* para emitir los juicios más arriesgados y contundentes acerca de las prácticas pedagógicas y de la *mecánica* propias de la enseñanza y de la instrucción de niños y adolescentes?

La respuesta no es sencilla, pero tiene mucho que ver, creo, con el secular desprecio y minusvaloración del trabajo intelectual y del magisterio en la sociedad española; y con el hecho, quizás también, de que todos nosotros, los de las generaciones actuales, hemos pasado por la escuela y creemos que eso nos da la perspectiva y el *conocimiento* suficiente para enjuiciar la labor de los profesionales que actúan en ella, sin tener en cuenta que la escuela española de hoy no tiene nada que ver con la escuela que ellos vivieron, como la sociedad española de hoy no tiene nada que ver con la sociedad española que conocieron en su infancia.

Aunque la explicación última me parece que está en nuestra historia como estado político y como sociedad; una historia llena de procesos frustrados, de ciclos iniciados pero no concluidos, en la que nunca ha cuajado un magisterio y una escuela pública auténticamente *republicanos*, con todo lo que eso significa; esto es, un magisterio y una escuela concebidos como servicios públicos primordiales e irrenunciables, pilares fundamentales del Estado y de la sociedad; un magisterio y una escuela concebidos y tratados como tales patrimonios públicos colectivos, no partidistas y desmarcados de cualquier tutela corporativa o religiosa... La Institución Libre de Enseñanza y aquel mítico Magisterio de la Escuela de nuestra Segunda República quedaron, desgraciadamente, como islotes perdidos en un océano de tradicional indiferencia y sospecha hacia la educación, la ciencia y la cultura.

... ..

... ..

... ..

3

Padres, madres (y tutores)

Estimados padres, estimadas madres (y tutores legales, por supuesto), no somos vuestros enemigos. Ni siquiera los profesores *malhablados* lo somos. Compartimos el mismo fin, la educación de vuestros hijos. Sé que hay quienes nos quieren enfrentar; sé que hay quienes quieren convencernos de que estamos en bandos diferentes y que nuestros intereses se contraponen. Son los mismos que nos quitan a nosotros las herramientas y el tiempo de trabajo; esos que nos degradan y degradan nuestros centros y recursos, y, luego, nos tratan de vagos. Son los mismos que os explotan y que se aprovechan de vosotros; los mismos que quieren sacaros toda la *pasta* que puedan por la educación de vuestros

hijos, o por el cuidado de vuestra salud, y de la de ellos; e incluso por el agua que bebéis vosotros, y que beben ellos.

No, el enemigo no somos nosotros. El enemigo son otros, no os confundáis; son los que están trasvasando ingentes cantidades de dinero público a la escuela privada no concertada, con deducciones escandalosas a las rentas más altas, mientras nos venden al resto el *copago* y el *ahorro* –los famosos *recortes*– como recetas mágicas e inevitables; son los que están regalando parcelas de suelo público a empresas y centros privados que representan las opciones pedagógicas y religiosas más anticuadas, extremas y retrógradas –con una vuelta incluso a la enseñanza segregada, en pleno siglo XXI–; y los que están impidiendo la construcción de escuelas infantiles públicas, mientras subvencionan auténticos almacenes de niños, cuya titularidad corresponde a empresas dedicadas al almacenaje, a la *seguridad* o a la limpieza; o los que pretenden concertar el Bachillerato, cuando la oferta de plazas públicas en nuestros institutos cubre perfectamente la demanda social existente, por lo que el dispendio que supondría tal medida haría sonrojar incluso a un sinvergüenza. Esos sí son vuestros enemigos; los profesores, no.

Y eso es lo que han comprendido los padres de la Escuela Pública que se han sumado a la “marea verde” que ha ocupado las calles y plazas madrileñas, primero, y de toda España, después, durante el último año, desde el otoño de 2011; y esa es quizás la única consecuencia *positiva* de este ataque brutal que el gobierno de Esperanza Aguirre ha emprendido contra la Enseñanza Pública madrileña, y al que luego se han sumado el gobierno central de Mariano Rajoy y otros gobiernos autonómicos, en todo el Estado; que nos ha obligado a padres y a profesores a tender los puentes que nos separaban y permanecían levados, desde hacía demasiado tiempo. Y que nos ha obligado a vernos, por fin, como los aliados que somos, como compañeros y garantes de la misma causa, la educación integral, moderna y de calidad que merecen nuestros hijos y los hijos de todos los trabajadores.

Sé que durante mucho tiempo hemos estado comportándonos como si fuésemos en naves diferentes; pero el caso es que estamos en la misma nave y, al fin, lo hemos comprendido; la situación de emergencia y el extremo peligro por el que pasa nuestra Escuela Pública nos han obligado a reconocernos como lo que somos, puntales imprescindibles de ella.

Pero debemos saber también –y ser muy conscientes de ello– que ha habido un par de generaciones que hemos hecho –con toda nuestra buena intención– un pan como unas *hostias* en lo que concierne a la educación de nuestros hijos; y sé también que a muchos de vosotros no hace falta recordárselo: yo soy padre y me doy por aludido en lo que me toca, por supuesto; pero sé, por mi experiencia de todos estos años, que a otros padres (más de los que, a primera vista, podría parecer) hay que repetírselo, hasta que lo comprendan: que ellos no son los abogados de sus hijos, sino sus padres. Que tampoco son sus amigos ni sus *colegas*; ellos ya tienen *colegas* y amigos de sobra. Que, cuando lo precisen, ya se buscarán –o los buscaréis– un abogado. Que lo que no tienen es más padres y madres que vosotros.

Y es que muchos de nosotros hemos tratado de compensar, con un comportamiento casi forense, súper-protector y ansioso, todo tipo de carencias en las relaciones afectivas y efectivas con nuestros hijos: principalmente, el tiempo que no pasamos con ellos. Y eso es fatal, porque ese tipo de comportamiento en los padres no sólo no ayuda nada a los chicos –normalmente, les perjudica–, sino que tampoco mejora nuestras relaciones paterno-filiales con ellos; al contrario, sólo hacen que envenenarlas, e impedir, en muchos casos, que nosotros podamos ayudarlos, resolviendo juntos el problema planteado.

Sé que el primer impulso de un padre es creer y defender a su hijo, eso es natural; pero nuestra labor como adultos, y como padres, es resistir ese primer impulso e intentar alcanzar un conocimiento objetivo y contrastado de los hechos, por su propio bien, en primer lugar; y con la convicción de que la Escuela Pública, tiene los mecanismos adecuados como para que ningún derecho fundamental sea vulnerado impunemente. Si algo caracteriza a los centros públicos, frente a los otros, es la transparencia; todos los conflictos salen a la luz y en la luz se resuelven.

Recuerdo que en una ocasión mi hijo mayor tuvo una pelea típica de adolescentes a las puertas de su instituto, y que, cuando el Director nos llamó a los padres y nos comunicó la sanción que el agresor de mi hijo iba a tener, yo le solicité, ante su sorpresa y la del otro padre, que esa misma sanción se la impusiese a mi hijo –que había sido el agredido–, simplemente porque estaba fuera del recinto del instituto cuando debía haber estado dentro, según el reglamento de funcionamiento interno del centro. A mi hijo le costaba entenderlo, pero tras explicárselo, lo comprendió. Además, el otro joven y su padre, que en ningún momento trató de excusar la conducta de su hijo, situaron, de inmediato, el incidente en sus justas dimensiones, y todo quedó, allí mismo y al instante, arreglado. De hecho, nos fuimos, los cuatro, juntos al médico, pues a mi hijo la broma le había costado un par de nudillos de la mano derecha hundidos, y al otro chico, un pómulo tumefacto. Imagínense, si ambos padres nos hubiésemos comportado como abogados de nuestros respectivos hijos, en vez de como los padres que éramos.

Además, si reparáis en ello, veréis que los colegios públicos y los institutos raramente están rodeados de muros, tan sólo de verjas, a través de las cuales se puede ver normalmente el interior; y, si tenéis hijos en ellos, sabéis que a un colegio público o a un instituto cualquier padre puede acudir cuando lo desee, pues se le recibirá y se le abrirán sus instalaciones sin el menor reparo, si así lo solicita, sin cita previa alguna. Estas cosas nos deberían decir más de lo que habitualmente nos dicen. Quien nada tiene que ocultar, nada teme. Y del que nada nos oculta nada debemos temer.

El deber de un padre es conocer a sus hijos, como el deber de un profesor es conocer a sus alumnos, pues el conocimiento es la primera condición del amor y del respeto. Sé que los ritmos de vida a los que nos somete el mundo que hemos creado son incompatibles con el amor y con el cuidado afectivo y efectivo de los que amamos; pues los afectos necesitan dedicación y tiempo, y no tenemos ese tiempo; o, si lo tenemos, lo perdemos en las mil distracciones que han dispuesto para quitárnoslo. Sin embargo, y esto debemos aceptarlo o, al menos, ser conscientes de ello, nada, ningún regalo y ninguna posesión

puede compensar esa falta; tampoco puede compensarla esa ceguera que algunos padres mantienen ante los errores y las conductas impropias o destructivas de sus hijos.

– “¡Mi niño no sale solo de casa nunca, se lo juro!...” Se desgañitaba una madre, hace años, cuando la llamaron para que viniese al instituto a tratar un feo asunto relacionado con *su niño*.

– “Su hijo, en efecto, no sale solo de casa, y menos, sin motorizar, pues le acaban de detener, camino de Torrejón, con otro colega suyo, en un coche robado...” Le contestaba el Jefe de Estudios, entre bromas y veras.

Nosotros –lo he repetido muchas veces en foros donde los padres han estado presentes– no podemos hacer todo lo que vosotros deberíais hacer; de hecho, no podemos cambiar, muy a menudo, los valores que vosotros les inculcáis con vuestras palabras y vuestras conductas; no podemos inculcarles el amor a la lectura, si en casa jamás entra un libro o un periódico, o no han visto nunca leer a nadie en ella... No podemos infundirles un sentido crítico del mundo, confianza en sí mismos y fuerza para defender sus derechos como ciudadanos y como trabajadores, si en casa sólo han visto acomodación, falta de crítica y sumisión... No podemos inculcarles el sentido del esfuerzo personal si, como sucedió en los tiempos de la burbuja inmobiliaria –cuando la fiebre del ladrillo recorría España de arriba abajo–, algunos padres no sólo no se resistían ante la tentación del dinero fácil, sino que animaban a sus hijos a irse a la obra y abandonar los estudios.

Fue precisamente por esos tiempos de falsa *abundancia* y de *engorde*, cuando llamé a los padres de una de mis alumnas, preocupado, en parte, por la marcha de su hija en las clases, pero, principalmente, por su conducta alarmante y autodestructiva, causada por una, más que evidente, bajísima autoestima y ninguna aparente motivación para vivir.

Después de explicarle, durante más de treinta minutos, la gravedad de la situación y de sus síntomas, el padre me contestó lo siguiente:

– “Mire, yo no sé hacer la *o* con un canuto, pero gano veinte veces más que usted; a mi hija no le faltará de nada...”

Aquellas palabras me dejaron mudo, no supe qué responder; no encontré el argumento adecuado, en ese momento, así que me despedí amablemente de él y quedamos en vernos en alguna otra ocasión; algo que no llegó a suceder, pues su hija dejó de asistir a las clases en cuanto que legalmente quedó excusada de hacerlo... Sin embargo, ahora, en estos tiempos de crisis, pienso, a veces, en aquel padre, dedicado al ladrillo, y en aquella hija, a la que jamás le faltaría nada; y pienso también en el nuevo e insospechado significado que habrán adquirido aquellas palabras en la mente del padre, si aún las recuerda.

En esos mismos foros, en los que los padres están presentes, suelo hacer un ejercicio de

pedagogía muy sencillo sobre nuestras limitaciones y sobre las exigencias irreales, e imposibles de cumplir, que los mismos padres y la sociedad, en general, suelen volcar sobre nosotros, sin calcular bien las consecuencias.

Es muy corriente escuchar en las tertulias y en las conversaciones, e incluso en reuniones oficiales, que la Escuela se debería ocupar de esto y de lo otro; o que la Escuela tiene la culpa de esto y de lo otro... Por eso, siempre que tengo ocasión, pongo el siguiente ejemplo:

– “Mirad, si yo gastase cinco minutos, qué menos que cinco minutos, ¿no?, en cada clase, a la educación sexual de mis alumnos, a la educación vial, a la urbanidad, a las conductas colaborativas en sus hogares, a la prevención del tabaquismo, del alcoholismo y del consumo de las demás drogas y estupefacientes; a la prevención de los prejuicios machistas y racistas; a la prevención de las conductas violentas; al impulso de hábitos dietéticos saludables; etcétera, etcétera. ¿Cuándo daríamos cuenta del programa de lengua y literatura...?”

A algún *enteradillo*, entonces, se le puede ocurrir que eso debería hacerse en asignaturas y áreas especializadas; pero lo que esos *enteradillos* no saben es que un joven alumno de Secundaria tiene entre diez y doce asignaturas o áreas de estudio diferentes; y que pasa en el instituto seis horas al día de media; bueno, tal vez quieran tenerlos doce horas, ¿por qué no?; como a sus padres en el trabajo (cuando lo tienen, claro). Y que coman y cenan en los colegios e institutos también.

Son los mismos *enteradillos*, por no usar otra palabra más gruesa –como *gilipollas*, tal vez– que quieren también que los chicos estén el mes de julio trabajando en los centros, a esos treinta y ocho grados centígrados que se han llegado a marcar en algunas aulas, ya durante el mes de mayo, en Madrid (no digamos en Andalucía o Extremadura).

También podríamos llevárnoslos de vacaciones, para dar el servicio completo... Total, dirán estos *listillos*: “Si sus padres ya los ven los fines de semana...”

Perdonad el sarcasmo, pero, ante *chorradas* de esa magnitud, no hay otra respuesta posible.

La Escuela jamás sustituirá a los padres en las funciones –y en los deberes– que corresponden a los padres; ahora bien, si lo que queréis son almacenes de niños, espacios donde tenerlos aparcados, mientras sois incapaces de luchar y exigir que os devuelvan vuestro tiempo y el tiempo de vuestros hijos, estamos hablando de otra cosa, pero no de su educación ni de la enseñanza.

Es como, cuando, ante el nerviosismo de un padre o de una madre respecto del futuro de su hijo, les aviso sobre el auténtico objeto de nuestra conversación.

– “¿De qué vamos a hablar –les digo–, de que su hijo debe ser médico o ingeniero a toda costa, o de su felicidad?; porque son conversaciones diferentes”.

Enseñar no es sólo instruir, también es educar en las conductas y en las emociones; esto es, tutelar e infundir... Y todo eso la Escuela no puede hacerlo sola; eso es una tarea en la que los padres tienen un papel inevitable e insustituible. Y si no tenemos tiempo, tendremos que tomárnoslo nosotros y cambiar algo el estado de extrema explotación al que estamos sometidos; nos lo debemos a nosotros mismos y se lo debemos a nuestros hijos.

Si renunciamos a cambiar las cosas; si nos rendimos; si nos conformamos siempre y, en vez de exigir nuestros derechos, aceptamos el vergonzante apaño de la chapuza (a la que parece que estemos condenados en este *puñetero* país); si, como sucedió hace poco, unos padres, ante la imposibilidad de gestionar adecuadamente nuestra biblioteca, debido a los despiadados recortes que ha sufrido la Escuela Pública madrileña, nos ofrecen como única alternativa, a los profesores, que tomemos el tiempo de nuestro recreo para hacerlo; si, en vez de rebelarse ante la degradación de las condiciones en que sus hijos se ven obligados a educarse, lo único que se les ocurre es una chapuza de ese calibre, y la conculcación de un derecho en el otro que nunca admitirían para ellos mismos; si renunciamos de esa manera tan fácil –y escandalosa– a nuestros derechos, ¿qué idea del mundo y de nosotros mismos estamos transmitiendo a nuestros hijos?

Imagínense que son ustedes mensajeros, que trabajan en una empresa de cartería, y que yo les pido que renuncien a sus veinte minutos o media hora de descanso, porque, a pesar de que han reducido la plantilla de su empresa y no dan ustedes abasto, yo tengo prisa y deseo recibir mi paquete en los mismos plazos que lo hacía antes, sea como sea; y esa es la única alternativa que se me ocurre, robarles a ustedes su derecho al descanso, ¿qué dirían? Que dirían si además yo les llamase vagos por no hacerlo, por no querer renunciar a su derecho al descanso.

Cuando sean ellos, nuestros hijos, los explotados y los pisoteados, ¿qué les diremos como padres? ¿Podremos, acaso, sostenerles la mirada, mientras les advertimos que su única alternativa es renunciar a sus derechos, que no hay más solución que someterse, que no se les ocurra rebelarse, que no merece la pena luchar, que deben conformarse con ser uno más de los felpudos del mundo, en los que *esos* que todos sabemos, *esos* de quienes podríamos desgranar sus nombres, se limpian la *mierda* antes de entrar al Parlamento, al Tribunal, al Templo, a la Bolsa, al Casino o al Palacio...?

Como padres, ¿no tenemos nada que decir ante la diáspora a que nuestros jóvenes técnicos e investigadores se han visto obligados, después de tanto esfuerzo y sacrificio de su parte y de la nuestra...? ¿No nos resulta escandaloso el que tengan que irse, cuando deberían estar construyendo y laborando el futuro de su propio país...? ¿Eso es todo lo que podemos ofrecerles...? Nuestra silenciosa resignación... ¿No deberíamos gritar nuestra rabia y la suya hasta quedarnos roncos, e inundar las calles, y asaltar las instituciones, ocuparlas, cambiarlas y recuperarlas, quitándoselas a los que nos las han robado...?

Como les dejo dicho a vuestros hijos, el número es nuestra fuerza... Asociaos, uníos e incorporaos a los colectivos que luchan por vuestros derechos como padres; en primer lugar, a las asociaciones de padres y madres en los centros en donde estudian vuestros hijos... Animad con vuestra participación activa los Consejos Escolares, y preguntad lo que no entendáis, hasta que os contesten; tenéis una fuerza enorme, más de la que creéis, lo que sucede es que no hacéis uso de ella... Pero eso nos pasa no sólo como padres, sino también como trabajadores y como ciudadanos, y esa es la cosa, que no somos conscientes del poder transformador que tenemos.

No sabéis cómo tiemblan nuestros inspectores o nuestros jefes políticos, cuando llegan en masa los padres y las madres a la Inspección o a las Direcciones Territoriales y a las respectivas Consejerías de Educación; no sabéis cómo les ha molestado el apoyo que, durante el conflicto de la Enseñanza Pública madrileña, nos han dado vuestras organizaciones.

Siempre me ha intrigado el hecho de que, mientras en los colegios públicos de Primaria el nivel de implicación de los padres en las asociaciones y en los consejos escolares es aceptable, por regla general; cuando llegan vuestros hijos a los institutos de Secundaria, hacéis como una dejación lamentable de funciones, desentendiéndoos de todo lo que se relaciona con el centro y la enseñanza de vuestros hijos, justo en un momento clave y difícil de su desarrollo, como es el de la adolescencia.

Y el caso es que –como les digo a ellos– una de las ventajas de la Escuela Pública, aun con todas sus imperfecciones, es que los canales de participación y de control en los que podéis participar están abiertos y esperándoos. Los mismos canales, o parecidos, a los que, si quisiésemos, podríamos activar respecto a nuestra capacidad de control, ocupación y participación social y política, como trabajadores y como ciudadanos. ¿Por qué no lo hacemos? Ah, *that's the question!*... (como decía el otro)

Esa es la pregunta del millón, me diréis... Ya, pero alguna vez deberíamos contestarla, ¿no? Es algo que nos debemos a nosotros mismos, y les debemos a nuestros hijos, creo.